

losal de la reforma del Carmelo; un José de Calasanz, que fundando las Escuelas Pias, se propone lleno de caridad guiar la juventud por las sendas de la rectitud y de la verdad; un Ignacio de Loyola, capitán esforzado de una compañía dispuesta á defender el nombre de Jesus crucificado, llevándole hasta los mas remotos paises para aumentar el número de sus adoradores, y otros muchos héroes, campeones ilustres del Catolicismo. Mientras tanto Jesucristo, su Iglesia, su celestial doctrina es tan tenazmente combatida, la fé católica consigue nuevos triunfos hasta en paises incultos, donde es llevada por el celo de los Misioneros.

El siglo XVIII tambien persigue á Jesucristo. La escuela filosófica, capitaneada por Voltaire, Diderot y otros sus secuaces, que trabajaban bajo las órdenes de Federico II, se propuso concluir para siempre con Jesucristo á quien llamaban ¡qué horror!... *el infame*. Y ved, señores, renovados los grandes ultrajes dirigidos á Jesus por la pérfida Sinagoga. ¿Pero qué se ha hecho del coronado sofista Federico? ¿qué de Voltaire? ¿A qué quedó reducida la gloria y magestad del dominador de Europa, protector de la impiedad, perseguidor de Jesucristo, á quien del modo mas inaudito ultrajó en la persona augusta de su representante en la tierra, el inmortal Pio VII? ¡Ah! Que mientras la gloria de Jesucristo no pudo eclipsarse un solo instante, su perseguidor que no pudo menos de conocer su error y de convencerse que no hay gloria verdadera mas que la del Salvador del mundo, concluyó sus dias, no rodeado de la pompa imperial, ni á vista de su denodado ejército, sino abandonado de todos en un rincon de la isla de Santa Elena. ¡Gloria y ben-

dicion por los siglos al crucificado del Golgotha!...

Parece increíble, señores, pero aun hoy mismo cual si nada significasen cerca de diez y nueve siglos de triunfos y victorias, aun es combatido el Salvador, y negada su divinidad: ¿pero qué importa? Son anuncios de nuevos triunfos. Jesus es perseguido; pero tended vuestra vista por todas partes y no podreis reducir á guarismo el número de sus adoradores. ¡Cuántos millones de almas se ocuparán en este instante en recordar como nosotros los tormentos de su pasion y afrentosa muerte! ¡Cuántos homenajes de fé y de gratitud está recibiendo por parte de los agradecidos cristianos! Ved, señores, al Cristo hoy, *Jesus Christus hodie*. Ved al Cristo del Calvario triunfante de todos sus contrarios. Veamos ahora, y para concluir, á Cristo en los siglos futuros: *Jesus Christus in sæcula*. Voy á ser tan breve cual exige mi pasado deteni-

TERCERA PARTE.

Hemos visto, M. A. O., que apenas Jesucristo ha consumado el sacrificio de su vida, su doctrina se empieza á esparcir por todas partes, adquiriendo multitud de prosélitos, no obstante tener que luchar con mil elementos que le eran contrarios: hemos observado la inutilidad de los esfuerzos del paganismo, como asimismo los de la heregía para concluir con la obra de Dios, y que nada han podido contra ella los ardidés de las escuelas del filosofismo. Ahora bien: ¿qué podremos pensar de los destinos futuros de la Iglesia

de Jesucristo? ¿Podrá ser en adelante vencido el crucificado del Gólgota? ¡Ah cristianos! Continuarán las persecuciones, no lo dudeis. Los modernos fariseos, mas criminales sin duda que aquellos que pedían á voz en grito la muerte de Jesus ante el balcon de Pilatos, dirigen sus tiros á la capital del mundo cristiano. El Sumo Pontífice Pio IX, Gerarca Supremo de la Iglesia, su cabeza visible, representante en la tierra del que espiró en la Cruz por salvarnos, se vé rodeado de enemigos, que encubiertos con el manto de la mas refinada hipocresía, aparentando amor y respeto al Padre comun de los fieles, le persiguen sin tregua ni descanso. Teman en buen hora las almas tímidas por su suerte; nosotros, hombres de fé, la tenemos en la promesa de Jesucristo, cumplida á través de cerca de diez y nueve siglos. *Las puertas del infierno*, es decir, las heregías, las persecuciones, los esfuerzos todos de los hombres, *no prevalecerán contra la Iglesia.*

Pasará la generacion presente, y vendrá otra, y siempre será perseguido Jesucristo y combatida su Iglesia; pero las obras de Dios permanecen siempre, son estables, á diferencia de las obras de los hombres. Cada combate será un nuevo triunfo, y cuando se vaya acercando el fin de los tiempos, todos los pueblos se agruparán alrededor de la Cruz salvadora, de esa Cruz que precederá al Hijo del Hombre cuando venga para juzgar el mundo.

Sí, cristianos: ese Dios humanado, que hizo su primera venida al mundo en la mayor humildad, que se presentó ante los hombres en traje de pecador y en hábito vulgar, sirviéndome de la espresion de un Padre, hará una segunda venida en gloria y magestad para juzgar á los vivos y á los muertos. ¡Des-

graciados entonces de los que no hayan querido aprovecharse de los frutos de la Redencion. Oid al Evangelista San Lucas anunciándonos este suceso. «Habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas: y en la tierra consternacion de las gentes, »por la confusion que causará el ruido del mar »y de sus ondas.... Y entonces veremos al Hijo del »Hombre venir sobre una nube con gran poder y »magestad (1).» Hé aquí, señores, el Cristo en los siglos. *Jesus Christus in sæcula.*

¿Deseais, cristianos, que os sea fructuosa la preciosa sangre vertida por nosotros en el Gólgota? ¿Anhelais por aprovecharos de los frutos de la Redencion? ¿Quereis que no sean perdidos para vosotros tantos tormentos y muerte tan cruel como sufrió Jesucristo por nuestro rescate? En vuestra mano está. No os dejéis seducir por esos lobos que disfrazados con piel de ovejas tratan de arrebatáros vuestra fé. Solo en Jesucristo; solo en su doctrina hallar podreis la verdad. Pendiente de la Cruz nos llama á sí, deseoso de nuestra salvacion. No cerremos nuestros oidos á sus voces amorosas. Ese Dios Hombre que hace diez y nueve siglos murió en un patíbulo de afrenta por nuestro rescate, es el mismo que hoy triunfante de todos sus enemigos ostenta su poder y gloria con un imperio indestructible, el mismo que en el último de los dias ha de juzgarnos: *Jesus Christus heri et hodie: ipse et in sæcula.*

Jesus dulcísimo, ¡cuán poco nos hemos aprovechado del fruto de vuestra preciosísima sangre! Pero si hasta aquí hemos sido ingratos, en adelante vi-

(1) Luc. cap. XXI.

viremos en la observancia de vuestros preceptos, medio único de conseguir la gloria que nos conquistásteis con vuestra muerte. Aceptad, ¡oh Redentor de nuestras almas! el arrepentimiento que sentimos de nuestras culpas y dignaos escuchar nuestras fervorosas plegarias: *Señor mio Jesucristo, etc., etc.*

SERMON

DE LAS SIETE PALABRAS QUE HABLÓ EN LA CRUZ

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

INTRODUCCION.

Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.

En verdad tomó sobre si nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores.

Isai. cap. LIII, v. 4.

Hace pocas horas, hermanos míos, que con un espíritu verdaderamente cristiano, cubiertos de luto y vertiendo lágrimas de dolor, nos reunimos en este santo templo para recordar la memoria de la pasión y muerte del Redentor de nuestras almas. Vímosle vendido por uno de sus discípulos, abandonado de los demás, arrastrado á guisa de malhechor de tribunal en tribunal, ora burlado, ora abofeteado, ya insultado por la chusma que le rodeara y ansiosa deseara su muerte, ya coronado de espinas, ahora cruelmente azotado, despues pospuesto á Barrabás y siempre